

Madres: heroínas de escritores del Caribe

Joaquín Mattos Omar¹

Una tarde de febrero de 1950, Gabriel García Márquez se quedó estupefacto y conmovido viendo a su madre y a la señora Adriana Berdugo llorar abrazadas por un largo rato. El episodio —que tenía lugar en Aracataca, adonde él y su madre, Luisa Santiago Márquez, habían llegado poco antes tras hacer juntos un penoso viaje desde Barranquilla— era lo más significativo que le había sucedido hasta entonces en sus casi 23 años de vida, como reconocería mucho tiempo después el propio escritor en *Vivir para contarla*. Hoy podemos decir que, en definitiva, fue lo más importante que le sucedió jamás en su vida entera.

¿La razón? Tal como nos lo recuerda García de la Concha (2007), “García Márquez ha repetido muchas veces que en ese momento le surgió la idea de contar por escrito ‘todo el pasado de aquel episodio’” (p. LX); es “aquel largo abrazo de lágrimas calladas” protagonizado por su madre al que le debemos la concepción de Macondo y de sus innumerables personajes, la escritura de *Cien*

años de soledad, de algunas otras de sus novelas y de varios de sus mejores cuentos, su obtención del Premio Nobel de Literatura y, en fin, toda su gloria como escritor.

Así pues, la deuda de García Márquez con su madre es impagable. De ella, además, si hemos de darle crédito a lo que siempre se ha dicho en el seno de su propia familia, heredó él (genéticamente hablando) su extraordinaria imaginación, aunque la propia Luisa Santiago prefería decir que el genio de su hijo era atribuible a la enorme cantidad de Emulsión de Scott que ella le dio entre finales de 1938 y finales de 1939, cuando vivieron en el Barrio Abajo, en Barranquilla, en la casa conocida como “El Castillo de Boyé”, durante el período comprendido entre los 11 y los 12 años de edad del futuro novelista.

Otro gran autor en cuya obra la madre dejó una huella imborrable fue Raúl Gómez Jattin. A diferencia de García Márquez, que en rigor solo conoció a su madre cuando tenía seis años, el poeta cartagenero fue, desde su nacimiento y hasta que ella murió octogenaria, el hijo más amado y consentido por su madre, Lola Jattin.

1. Escritor y periodista. E-mail: joamattosomar@hotmail.com

La relación entre ambos fue singular y compleja, debido sobre todo a la demencia que el hijo empezó a padecer desde su juventud. Según consta en *Arde Raúl*, el libro de Fiorillo (2003) que recoge múltiples testimonios de primera mano de amigos, familiares y allegados del poeta, Lola Jattin lo trató y cuidó siempre como si fuera un niño, incluso cuando él ya era un adulto de más de 40 años. Pese a que Raúl, en sus arrebatos, convencido de que ella quería envenenarlo, llegó hasta a abofetearla y a echarla de la casa durante un aguacero, la “Niña Lola”, como la llamaban, no dejó de adorarlo hasta el final; y si se separó de él, contra la íntima voluntad de su corazón, fue solo por la condición agresiva de su hijo.

Enterado tardíamente de su fallecimiento, ocurrido en 1984 en Montería, el poeta la invocó con desespero para pedirle perdón y, arrepentido, expresó ser el culpable de su muerte. La mayor reivindicación que él haría de su madre es el poema que escribirá sobre ella, y que publicará en su libro *Hijos del tiempo* (1989). Titulado “Lola Jattin”, se trata de una verdadera pieza antológica, considerada por Ospina en su libro *Por los países de Colombia. Ensayos sobre poetas colombianos* (2011) como “una de las páginas más nítidas y más conmovedoras de nuestra poesía”. La originalidad de “Lola Jattin” radica en su tratamiento, que sitúa a madre e hijo, en efecto, como “hijos del tiempo”, pues el poema comienza con un *flashback* mediante el cual el poeta, en una suerte de regreso a la semilla, retrocede a un momento en que, sin que ella lo sepa todavía, él se *oculta* en su vientre; y termina con un salto a un futuro remoto en que “el tiempo inacabable”, que había deshecho su inextricable unión intrauterina, los vuelve a reunir en una sola, única, indivisible memoria.

Para seguir con este rápido recorrido por la relación que, con sus madres, han tenido algunos escritores del Caribe colombiano, veamos el caso del cronista Salcedo Ramos, quien se crio en un hogar donde su madre no solo era cabeza de familia, sino que tenía un aire de mando tal que



“parecía empequeñecer todo lo que la rodeaba” (p. 416). Es explicable, pues, que en su libro de crónicas, *La eterna parranda* (2011), Salcedo Ramos haya incluido un breve y estupendo texto en homenaje a Ledia Ramos Quiroz, su progenitora:

“Las verdades de mi madre”, un reconocimiento al “rigor con el que solía entregarse a la búsqueda de la verdad” (p. 416), a la posición inflexible que ella tenía frente a la mentira, la cual no aceptaba ni siquiera cuando tenía “un objetivo aparentemente razonable” (p. 416). Para alguien que habría de consagrarse en cuerpo y alma al periodismo, no podía haber una mejor lección ni un mejor legado. Ya sabemos lo que le debe Salcedo Ramos a su madre.

Al igual que este cronista barranquillero, el novelista cartagenero Efraím Medina Reyes solo conoció en su casa el sostén y los cuidados de



**Vida, madre
y perrenque.**
Fuente: Linda Aragón

su madre, pues su padre murió cuando él tenía solo seis años. En un artículo titulado “Animales mitológicos”, cuenta: “Mi madre se vio obligada a trabajar más de la cuenta para sacarnos adelante a mí y tres hermanos más”. De ahí que ha sido una constante de Medina expresar su amor, su gratitud y su admiración por su madre. En una entrevista con Juan Pablo Plata, hablando sobre el hecho de escribir, dijo: “Para mí es algo más que tengo en la vida y me gusta y emociona pero no tanto como escuchar a mi madre cantando boleros”. En otra concedida a Juan Carlos Ensuncho, interrogado sobre cuál era su mayor orgullo, Medina Reyes respondió: “Haber sido capaz de alegrar la vida de mi madre en esta etapa de sus años... es de la única cosa de la que me siento orgulloso, de ver a mi mamá sonreír por culpa mía”. Y más adelante concluyó sin el menor titubeo: “Mi madre es la gran heroína de mi vida real”.

Referencias

- García de la Concha, V. (2007). Gabriel García Márquez, en busca de la verdad poética. En *Cien años de soledad. Edición conmemorativa* (pp. LIX-XCV). Real Academia Española y Asociación de Academias de la Lengua Española.
- Fiorillo, H. (2003). *Arde Raúl: la terrible y asombrosa historia del poeta Raúl Gómez Jattin*. Editorial Heriberto Fiorillo.
- Ospina, W. (2011). *Por los países de Colombia. Ensayos sobre poetas colombianos*. Fondo de Cultura Económica.
- Salcedo Ramos, A. (2011). *La eterna parranda. Cónicas 1997-2011*. Aguilar.
- Medina Reyes, E. (2009) Animales mitológicos. *Panfleto Negro*. <https://www.panfletonegro.com/v/2009/05/24/animales-mitologicos-by-efraim-medina-reyes/>
- Ensuncho Bárcena, J. C. (2007). Efraím Medina Reyes: “Mi mayor fracaso es no tener un hijo”. *Letralia*. <https://letralia.com/164/entrevistas03.htm> ■■■